

este es el lazo indisoluble que hace eterno al amor.

Poco á poco irá acercándose más á tí: sin que él lo sepa, tú te apoderarás de todas sus aspiraciones, porque solo siendo un malvado puede un hombre no amar profundamente al sér que le quiere, le respeta, y le hace dichosa y bella la vida.

La pasión es súbita como el volcán: el amor eterno y perdurable, crece y se robustece, y aunque nace niño, se vuelve gigante invencible, si le nutren con esmero la indulgencia y la virtud de la mujer.

FELICIA.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

LA MUJER EN NUESTROS DIAS.

PARTE SEGUNDA.

I

De vuelta en mi casa y al lado de mis niñas después de haber asistido á tu enlace, mi primer cuidado, hija mía, es escribirte.

¡Qué alegría siente mi corazón!

¡Ya está tu suerte asegurada! ¡Ya tienes un protector, un amigo, un sostén para el áspero camino de la vida! ¡Ya no estaré temiendo por ti á cada instante, y si tu padre es llamado al seno de Dios, ya no dejará este mundo con la amarga pena con que lo hubiera dejado antes de que tuvieras un esposo!

Has hallado un hombre honrado, dotado de cualidades reales, de virtudes sólidas, y no un pisaverde insulso y superficial, para amigo y

sostén en tu camino: dà gracias al cielo; piensa que con ese hombre, Julia, debes compartir los trabajos, los pesares, los alegrías, los cuidados de la familia, el peso de la vida, en una palabra.

Es preciso amar mucho, es preciso amar con una afección generosa y sólida al hombre que se elige, al que se acepta en la fortuna como en la desdicha, en la salud como en la enfermedad, hasta la muerte: y tú le amas así: mejor que tú misma, tu padre y yo hemos descubierto el estado de tu alma, y hemos visto que existe en ella el gérmen de ese bello y santo amor, que es la luz sagrada del hogar doméstico.

La opulencia no habita tu casa: tú no tienes dote, y tu marido empieza ahora á trabajar como abogado; pero tanto mejor: de este modo gozaré más completamente de los progresos que haga vuestra fortuna: tu marido aporta al matrimonio el talento y el trabajo: trata tú de aportar el orden y la economía.

Yo sé lo que es la dicha en el matrimonio, porque en él he sido muy feliz: y sin embargo, aunque al principio conocí la opulencia, pasados algunos años solo una modesta medianía nos rodeaba; la fortuna cerró sus alas de oro sobre nuestra morada; pero ¡qué dulce y fuertemente el alma de mi marido estaba unida á la mía! En todo nos entendíamos; y nos comprendíamos en todo. No habia una disonancia en el mudo coloquio de nuestros corazones, ni en la constante comunicación de nuestras almas.

Una mujer es dichosa tan largo tiempo como puede ser amada y amar: ¿y cómo dejar de querer al que nos unen el deber y la elección libre del alma? ¿Cómo no amar al que nos ha preferido, al que nos protege, al que divide con nosotros todas las penas y todas las alegrías de la vida?

Con otra alianza tú hubieras podido tener diamantes, carruaje, y gastar una gruesa suma con tu modista cada año: una bella niña de diez y siete años, bien nacida y bien educada, podia aspirar á otra unión, que el mundo llamaría más brillante; pero esas ventajas tan buscadas, no nos han parecido á los que te amamos garantías suficientes de dicha, y te hemos colocado con entera confianza bajo la protección de un hombre serio y honrado, que continuará dignamente la obra de tu educación.

Esta se divide en dos partes; y aunque la primera es muy importante, sin duda, la segunda, la que una mujer recibe de su marido, es la que influye en bien ó en mal sobre su existencia, ayudada también á formarla el mundo y las personas que la rodean.

A pesar de tu feliz natural, á pesar del equilibrio que reina entre tu sensibilidad y tu razón, á pesar del recto sentido que demuestras, tu padre y yo hubiéramos temblado de darte á un hombre frívolo ó solamente descuidado.

Y sin embargo, Julia mia, á pesar de la confianza ilimitada que tu marido me inspira, no podria yo menos de abrigar un sentimiento de inquietud, si hubiera tenido que romper conti-

go esta costumbre de dulce intimidad que disipa los pequeños pesares y las penas quiméricas, analizándolas. Tu marido consiente que sigamos nuestra correspondencia; escíbeme, pues, todo lo que se dice à una madre; dame parte, como antes de tus impresiones, huéspedes incómodos y peligrosos algunas veces. Las dos seremos bastante hábiles y bastante fuertes para separar de tu mente lo que te cause pena.

Ahora ocúpate con cuidado del arreglo de tu casa: ya sé que vais à pasar todo el resto del mes con tu padre, en tanto que se dispone tu modesto, pero bello nido conyugal; tu marido está acostumbrado à vivir en la parte del Norte de Madrid, donde tiene sus relaciones, y à tí te agrada la parte opuesta, es decir, la que está cerca de los teatros y paseos; es indudable que, por darte gusto, irá à donde tú desees; más no olvides que esto le costará un sacrificio; no le obligues à ceder en este punto, y piensa, Julia, que los sacrificios, aunque sean pequeños, exigidos repetidamente, debilitan hasta las afecciones más sólidas: además la parte de la población que él prefiere, me parece la más à propósito para una vida sedentaria, ocupada, para la vida de familia en una palabra: las habitaciones son allí más estensas y más baratas: en fin, Julia, en todo cuanto te sea posible, trata de complacer à tu marido, para que nazca en él hácia tí una afeccion profunda y durable; porque ahora te cederá en todo; pero poco à poco, y pasada la primera embriaguez

de la luna de miel, se le harán duros tus defectos, y acaso, herido por ellos, su corazon se enfriará para tí

Evita esto con cuidado, hija mia: evita que la primera nube se forme en el cielo azul y puro de tu dicha; evita la primera cuestion, porque à esta sucederán otras, y quizá llegarías à ese estado de ánimo siempre triste y displicente; que tan cruel enemigo es para la dicha conyugal.

FELICIA.

II.

Conozco tu sensibilidad extremada y estoy siempre alarmada del giro que pueden tomar tus ideas: acaso llevada de tu aficion à la vida doméstica, acaso dominada dulcemente y subyugada con la dicha que en tu hogar experimentas, te encierres en él, y pierdas toda comunicacion con la sociedad exterior.

Quiero precaverte contra ese mal; y tambien contra otro muy comun en los matrimonios que se aman extremadamente.

Es muy posible que así que te acostumbres á tu marido y le creas á él acostumbrado á tí, descuides ciertas pequeñeces, que despues de las grandes prendas del carácter, son las que sostienen el amor en el corazon del hombre.

Conozco muchas mujeres, que antes de casarse eran elegantes, distinguidas, agradables en todo, y que así que han logrado hallar un marido, se creen en el puerto del perpétuo descanso y de la eterna comodidad de sus personas.

No puede haber creencia más errónea: nunca necesita la mujer vestirse más y cuidarse más de sí misma que despues de casada; porque la costumbre es enemiga de la ilusion, y la costumbre es la que amortigua en el marido el amor que tenia á su mujer, antes de casarse con ella.

En el interés de la mujer está, pues, el aparecer á los ojos de su marido constantemente y en todas ocasiones bonita hasta lo posible, interesante y bien vestida como cuando la conoció, como cuando anheló su posesion; porque si á la costumbre se agrega el desaliño y el descuido de la persona, no hay amor bastante grande que se resista.

Pocos dias hace que oí á una dama, ya de edad, reconvenir á un jóven amigo suyo, porque tenia casi abandonada á su mujer, ni estaba en su casa un momento, fuera de las horas de comer.

—¿Acaso se ha cansado V de ella? le preguntaba la señora: y aunque así sea, ¿es posible

que se lo demuestre? ¿Es eso digno de un hombre de honor?

—Hago todo lo posible para disimular, que en efecto, me he cansado de mi mujer, señora, contestó el jóven: pero no siempre lo consigo, porque es muy difícil disfrazar el pensamiento que nos domina: me he cansado y ella tiene la culpa.

—¡Ella! Hé ahí una bella razón. ¡Me he cansado de mi mujer! Jamás se cansó de mí, mi marido.

—Porque V. ha sido constantemente bella y elegante: porque no ha descuidado ni de su persona ni de su casa: mi mujer que solo anheló cojerme en el anzuelo de sus gracias, y logrado ya su objeto, se ha cansado de incomodarse para serme agradable.

—¿Es posible que así piense V! exclamó la bondadosa señora: si ahora descuida algun tanto su persona, es porque se ocupa ante todo de sus hijos; porque como toda buena madre, emplea su coquetería, no en sí misma, sino en esas criaturas en que se ve reproducida.

—Y hacen muy mal esas madres, repuso el casado fastidiado de serlo: una mujer jamás debe olvidarse de sí propia, porque piense en los demás: su deber y su dicha están acordes para enseñarla á mantener viva, todo el tiempo posible, la ilusion de su marido, y la que tiene el talento de ser siempre elegante y agradable, no tiene que temer que su marido se canse de ella.

Quedé pensativa oyendo esta conversación: tanto mi anciana amiga como yo, dijimos que aquel marido aburrido tenía razón para estarlo, y yo temblé al pensar en que acaso tú llegarás algún día à aumentar el número de esas pobres mujeres. ¡Oh, Julia mía! ¡Evítalo con el mayor esmero! ¡No abandones tu personal! Sé siempre elegante, viste bien, y sobre todo, que el más esquisito aseo brille siempre en tí y al derredor tuyo.

Hoy eres bonita é interesante; pero he visto muchas que lo eran también antes de casarse, y que despues de casadas ni lo parecían, ni conservaban restos de gracia alguna.

Tú sientes mucho, y cuanto más se siente se piensa menos: procura, pues, dominar el sentimiento para pensar un poco: con solo amar à su marido no se le hace dichoso: hay que probarle este amor, cuidando de agradarle en todos los detalles, no solo en la persona, sino de la casa y de la vida interior.

Recuerdo ahora un cantar de poco mérito tal vez, segun las reglas de la literatura, pero de mucho segun las del sentimiento, y debido à la pluma de un poeta español contemporáneo, que dice así:

No hay patria como mi patria,
Ni mujer como la mía,
Ni casa como mi casa,
Cantaba un santo egoísta.

Todos los maridos de mundo quisieran po-

der cantar lo mismo: porque, en el fondo, todos tienen algo de ese santo egoísmo.

Haz todo lo posible porque Eugenio piense así, y porque se lo diga à todos, ó à lo menos, se lo diga así mismo; en esto estriban el talento y la dicha de una mujer casada; y todas las diversiones del mundo, como todas las riquezas de la tierra, serán impotentes para compensar la falta de la dicha doméstica, si la dejas escapar.

FELICIA.

III

Me hablas en tu última, mi querida Julia, de una grande obra de bordado que has emprendido, y te diré con la franqueza un poco ruda que me caracteriza y que siempre empleo contigo, que no apruebo esa ocupación à que te has dedicado y à la que me figuro te consagrarás por completo, conociendo la vehemencia de tu carácter y lo que deseas terminar tus labores.

El cuidado de una casa, es muy árduo, muy pesado y ocupa mucho tiempo, si esa casa ha

de estar bien dirigida; cuantos más haberes, cuanta más fortuna hay, más atenciones son necesarias; solo descansa un tanto la gran señora, cuyo mayordomo y ama de llaves se entienden en todos los detalles de los demás criados, y del gobierno interior; mas, aun en este caso, la señora tiene que inspeccionar los actos de todos los servidores, tomarles las cuentas y enterarse de si ellos cumplen bien y fielmente con los deberes que les han sido encomendados.

Si te levantas tarde, te pones á bordar, y por adelantar en tu obra dejas abandonado el interior de tu casa, ¿quién cuidará de ella? La despensa, el comedor, la cocina misma, necesitan una continua y atenta vigilancia: es necesario ordenar las provisiones que han de comprarse, disponer el modo de emplearlas y aprovechar los restos; cuidar del aseo interior y exterior de la casa, de la ropa blanca, de la compostura y reforma de los trajes: y si todo esto se descuida, ó se fia á los criados, la ruina es segura y llega á pasos ajigantados.

Los haberes de tu esposo, hija mia, son modestos, y lo que es aun peor, no son fijos: ahora empieza á trabajar como abogado, y el aumento de su clientela depende tambien de tu habilidad en mantener las relaciones que le han de proporcionar clientes. Yo sé que tu carácter franco y sincero en demasia, ama la independenciam, y que para tí el hacer hoy visitas será un tormento; es decir, más que una molestia, á la que te resistirás todo lo posible:

sin embargo, Julia, es preciso, es indispensable hacer visitas; es preciso cumplir en el mundo los deberes de la cortesía, ó llegará dia en que te encuentres aislada y sola, completamente sola.

Si cuando nuestros amigos tienen una desgracia, una enfermedad, un dolor cualquiera, sea físico ó moral, no vamos á expresarles nuestra simpatía y la parte que tomamos en su pena, ¿de qué modo les podremos manifestar nuestro afecto? Y si no se los manifestamos ¿como podremos exigir el suyo?

Es una vulgaridad el decir que de ninguna manera se está mejor que solo, que la sociedad es falsa y mala y que solo busca la explotacion de los incautos. No, hija mia, eso no es cierto; los que hablan así son personas amargadas por el dolor, y por lo mismo, injustas. Si la sociedad les ha tratado mal, será porque ellos no habrán sabido respetarla; el mundo exige el decoro, la cortesía, la buena educacion; y si se le niega todo esto, hiere ó abandona á los que le faltan; pero si tú eres benévola, cortés y atenta, si manifiestas sincero y constante afecto á tus amigas, la sociedad será la primera en reconocer tus nobles y bellas cualidades, y no solamente las reconocerá, sino que te amparará dándote su estimacion.

Yo he tenido una gran fortuna, una elevada posicion en el mundo: mi marido desempeñaba un destino importante; pero he tratado personas de posicion modesta, y he tenido siempre numerosas y agradables relaciones, excelentes

amigos, y nunca he solicitado un pequeño favor que me haya sido negado, haciéndolos también siempre que me ha sido posible. Verdad es que jamás he exigido sacrificios, ni cosa parecida; porque ni al amor ni á la amistad, ni aun á los lazos sagrados de la sangre, se pueden exigir nunca grandes pruebas, bajo la pena de exponerse á hallar grandes decepciones.

Volviendo, pues, al punto de partida de esta carta, cree, Julia mía, que es muy perjudicial el empeñarse en obras tan largas como la que has emprendido, no solo para el cumplimiento de los deberes domésticos, sino también para el cumplimiento de los sociales.

Las visitas, el trato frecuente, son los lazos que unen á la gran familia humana: el suprimir una atención puede ser causa de que nos hagamos un enemigo, según sea el carácter de la persona que se cree ofendida, y por el contrario, un rasgo de urbanidad y cortesía nos conquista á veces un corazón y un afecto verdadero y durable.

Para tener tiempo bastante de cumplir con todos los deberes domésticos y sociales, arregla tu tiempo, y fijale un orden para todos los días. Si quieres ocuparte en labores de adorno, si gustas de embellecer tu casa, no dejes de hacerlo, esto es muy laudable; pero dedícate á esos trabajos sin pasión y solo en las horas en que te dejen algún tiempo libre otras más importantes ocupaciones.

La costura, la confección de tus vestidos, el

cuidado y esquisita vigilancia que has de dedicar al guarda-ropa de tu marido, el repaso de la ropa blanca y arreglo que hay que hacer en ella, te han de ocupar con preferencia, si quieres tener las ventajas de una saludable economía, que es el camino más seguro de la prosperidad de una casa y de una familia.

Tu marido pone en el capital de la dicha doméstica las tareas del espíritu: lleva tú el de la laboriosidad, la economía, la paz y la bondad, y el edificio conyugal será sólido y eterno.

¡Trabajar al lado del hombre que se ama! ¡trabajar con él y para él! ¡dedicarse á que halla en su casa el bienestar, la dicha y la calma! ¡qué más gloria puede haber para una mujer cuyo corazón es sensible y amante, que la de ser la amiga, la compañera amada de su marido!

FELICIA.

IV.

Ya te considero tan ocupada como dices, preparando tu equipaje para ir á tomar baños de mar con tu marido, á uno de esos risueños puertos del Norte, donde tu madre te llevaba en su dulce compañía.

—Mi equipaje, me dices, á pesar de tus advertencias de elegancia, es muy modesto.

Y yo te aplaudo por hacerlo así, pues nada tiene que ver el que sea modesto, con que sea elegante.

Léjos de contradecirse la modestia y sencillez con la elegancia, casi siempre van unidas.

Así pues, para tí, que eres aún muy jóven, para tí, esposa de un abogado, y desposeida por tu parte de fortuna, un equipaje modesto es mil veces mejor y más lindo que uno costoso y rico.

Por lo demás, veo que con tu claro talento

has comprendido todas mis advertencias: veo que te vistes, que respetas á tu persona y cuidas de ella, lo que no todas las mujeres tienen el talento de hacer,

Hay, aparte de los deberes que la religion, la familia y la sociedad imponen, deberes morales hácia nosotros mismos, de los que no podemos ni debemos prescindir, y estos deberes mandan que cuidemos de engalanar, no solo el alma, sino el cuerpo tambien, en una proporcion moderada de nuestros haberes, fortuna y obligaciones.

Conozco mujeres, que son esposas ejemplares y virtuosas, madres tiernas y llenas de abnegacion, administradoras económicas é inteligentes de la parte de la fortuna que sus maridos ponen en sus manos, y sin embargo, son á la vez damas elegantes, bellas y del mejor tono.

Unir estos dos extremos es la base segura de la felicidad de la mujer.

Dos cosas hay que cautivan irresistiblemente al marido más vulgar y más díscolo.

La blandura de carácter unida á la inteligencia; la distincion unida á la virtud: preséntate siempre á sus ojos, no solo amable y dulce, sino elegante; pues, porque el alma sea buena, no se ha de dejar afean el cuerpo: desde que te levantes, usa una bata graciosa y bien cortada, ponte luego un vestido modesto pero elegante, y si sales con tu esposo, ponte un traje siempre que le envanezca de llevarte consigo, y que te vea, por lo menos, tan elegante como á las demás mujeres.



De otra cosa muy importante he de hablarte hoy: no pierdas jamás con tu marido el decoro en palabras y acciones. y bajo el pretexto de que en el matrimonio todo está admitido, no te creas dispensada de las reglas de una buena educación, ni uses con él una llaneza, verdugo implacable del amor, y que lo debilita lenta, pero seguramente.

Las deferencias son siempre de buen gusto, y son además significación de afecto y de deseo de agradar.

Nada hay para mí más triste, y á la vez más desagradable, que la vista de esos consortes que, en presencia el uno del otro, bostezan, se tienden en un sillón, se presentan mal vestidos ó medio desnudos, y se hablan con acento, no solo descortés, sino hasta duro y grosero.

¿Por qué algunas mujeres sin moralidad, y necias, que no pueden aspirar al matrimonio, despiertan grandes pasiones en los hombres?

Porque hacen todo lo contrario que muchas esposas honradas, porque les halagaa, les elogian y les adulan; porque se visten para la hora en que ellos han de ir á visitarlas, por que tocan bien el piano, hablan dos ó tres idiomas, son elegantes, amables y graciosas; por eso les dominan de una manera tan irresistible, que los hombres les dan, además de su corazón, y del reposo de su conciencia, su dinero, y aún creen darles muy poco.

Jamás se ha visto que ninguna de esas mujeres sea desaliñada ó grosera, pues aunque las haya, estas solo llegan á dominar los sentidos,

pero jamás el corazón del hombre.

¿Y porqué no ha de ser la mujer propia lo que son estas aventureras?

¿Qué lo impide?

Un criado irá presentando en una bandeja las tazas del té, y tú, ayudada de algun amigo, ofrecerás las pastas: si lo hicieras sola, no podrías atender á todos con la debida oportunidad.

Terminado el té, y desocupada la mesa de juego, donde habrá estado el servicio, harás colocar en ellas las bujías, las barajas y demás utensilios de juego, é invitarás á las personas de más edad que sepas son aficionadas á ese género de diversiones.

Un poco de música, de lectura y de conversacion llenarán el tiempo hasta las doce, hora en que todos se retirarán, yo te lo aseguro, en extremo complacidos.

Sé amable un día á la semana, Julia: haz ese día el sacrificio de la comodidad, y tu esposo te quedará agradecido, consiguiendo que haya al derredor suyo una sociedad agradable que le distraerá del trabajo del día y de la incomodidad de salir todas las noches de la semana.

El hombre, hija mia, es vanidoso; más le gusta que vayan sus amigos á disfrutar de la tranquila y amable dicha de su hogar, que ir él á aumentar la del hogar ajeno: yo conozco bien á ese rey y señor de la creación, que aunque sea fuerte y valeroso, es á la vez, y en muchas cosas, pueril como un niño.

FELICIA.